



NÚM. 8.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: Un número suelto 2 rs.; un mes 6 rs.; tres meses 18 rs.; seis meses 36 rs.; un año 72 rs.

2 DE MARZO DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 20 rs.; seis meses 40 rs.; un año 80 rs.—ULTRAMAR Y EXTRANJERO: tres meses 50 rs.; seis meses 5 pesos; un año 6 pesos.

AÑO I.

LA CONQUISTA DE TOLEDO.

I.

La reconquista, esa epopeya sangrienta y gloriosa á la par, cuyo primer canto empieza D. Pelayo entre las fragosidades de Asturias, cerca-do de un puñado de parciales, y cuya última página se escribe por los Reyes Católicos en las poéticas riberas del Darro, en medio de una hueste tan lucida como numerosa, cuenta, como uno de sus episodios más interesantes y trascendentales, la conquista de Toledo.

La ciudad de los concilios, la pá-tria de Recaredo y del malogrado Juan de Padilla, era, á no dudarlo, el baluarte más fuerte, más seguro de los hijos del Islam, y su vuelta á poder de los defensores de la cruz, uno de los hechos que más influen-cia ejercieron para la caída de la pre-ponderancia árabe en España.

Describir este acontecimiento, de la manera que lo permiten los estre-chos límites de un periódico, es lo que nos proponemos hacer en el pre-sente artículo.

II.

El testamento del noble y podero-so rey D. Fernando I, no tan sólo rompe la unidad, apenas efectuada, de las coronas de Leon y Castilla, que la Providencia reunió bajo su mano, sino que enciende la tea que más tarde debía surgir entre sus hi-jos, una lucha tanto ó más temible, que la que él se vió obligado á sos-

tener con su hermano D. García. Cuando se dán al olvido las lecciones de la experiencia, la desgracia se posa casi siempre sobre la cabeza del que, insen-sato, despreció tan provechosas enseñanzas.

Guiado por el amor de padre, más que por los de-

berés de rey, distribuye sus estados, dando á don Sancho, que era el primogénito, la Castilla, á don Alfonso, Leon y la tierra de Campos, á D. García, la Galicia y el Portugal, á Urraca, la ciudad de Za-mora y á Elvira la de Toro.

D. Sancho, mientras vive su ma-dre, devora en silencio el descontento que le causara semejante repar-ticion; pero apenas la losa del sepul-cro cubre los restos de la angusta reina, reúne sus tercios, y se lanza á recobrar por la fuerza, lo que cree le pertenece en justicia.

D. Alfonso, contra quien se dirige primero, se pone en campaña; pero la suerte le es adversa, y vencido en Plantada y Golpejar, es hecho pri-sionero en la iglesia de Carrion, don-de se acogiera con algunos parciales al ver la derrota de sus huestes.

Desde allí fué trasladado al casti-llo de Burgos, de donde, merced á los buenos oficios de su hermana Urraca, salió para el monasterio de Sahagun, á condicion de cubrir con la cogulla aquella cabeza nacida para ostentar una corona.

Poco tiempo despues, y cuando el ambicioso monarca vencedor creia que su hermano, habiendo cambiado la púrpura por el toscó sayal, se en-contraba incapacitado para aspirar al trono, D. Alfonso, seguido de los ties leales caballeros, Pedro, Gon-zalo y Fernando Ansúrez, huyó del monasterio, corriendo á acogerse al amparo de Almanám, rey moro de Toledo, antiguo aliado de su difun-to padre.



Rossini

Recibióle el emir de la manera más afectuosa, dándole por alojamiento una pequeña fortaleza llamada *Bribea*, y consintiéndole formar en ella una especie de colonia cristiana, cuyos individuos servían á sueldo en las taifas reales.

El carácter bondadoso y franco de D. Alfonso le hizo simpático para Almamúm, de tal manera, que nada faltaba al noble proscrito en su destierro: floridos cármenes donde solazar el ánimo; extensos parques y cerrados bosques donde dedicarse á la montería: templos cristianos donde orar, y vasallos nobles y leales que le sirvieran; todo lo tenía en Toledo.

Cuenta la tradición que una tarde, en la deliciosa Huerta del Rey, reposaban á la sombra de un bosquecillo de tilos D. Alfonso y Almamúm, acompañados de algunos wacires.

El cristiano, fatigado por el calor, quedóse adormecido bajo la fresca sombra de los árboles, en tanto que el rey moro y los suyos, contemplando el conjunto encantador que presenta Toledo desde aquel sitio, empezaron á hablar de la fuerte posición que la ciudad ocupa.

Aseguraba el rey moro que ningún cuidado le daría encerrarse en su corte con sus taifas, aunque viera venir sobre ella todos los ejércitos del mundo coligados, porque estaba bien persuadido de que su corte era inexpugnable.

—No os tome en cuenta Alah ese imprudente alarde de orgullo, señor, respondió el más anciano de los wacires.

Si Toledo fuese cercada por un enemigo poderoso y constante, que arrasara sus campiñas por espacio de siete años seguidos, la ciudad caería á sus pies estenuada de hambre.

—¡Silencio! ¿No ves que hay una persona extraña entre nosotros? replicó el monarca en voz baja, señalando á D. Alfonso, que, habiendo oído perfectamente la conversacion, continuaba fingiendo que dormía.

—Es verdad, he sido un imprudente, señor; pero os juro que si ese cristiano no duerme, y el secreto de la rendición de Toledo ha sido escuchado por él, no podrá jamás revelarle.

Y el wacir, alzándose con presteza, se dirigió al joven, y desnudando su acero fingió asestarle un golpe terrible al corazón.

La aguda punta del puñal rozó el vestido de D. Alfonso, que tuvo la suficiente fuerza de ánimo para soportar tranquilo tan terrible prueba.

Otros cuentan que lo que se hizo fué echarle plomo derretido en la mano para probar si dormía, y que por eso se le llamó *el de la mano foradada*; pero nosotros creemos que, caso de ser cierta semejante ocurrencia, sucedería de la manera que hemos referido.

III.

Un año llevaba D. Alfonso en Toledo, cuando recibió un mensaje de su hermana Urraca, noticiándole la trágica muerte de D. Sancho, acaecida el 6 de Octubre de 1072 ante los muros de Zamora.

Su ambición le había sido funesta

Después de arrancar á D. Alfonso la corona de Leon, á D. García la de Galicia, y á doña Elvira la ciudad de Toro, se dirigió sobre Zamora, con objeto de hacer con doña Urraca lo que con sus demás hermanos.

Pero la fortuna le volvió la espalda en esta ocasión, y cuando ya contaba como seguro su designio, el acero de Vellido Dolfos le arrancó á traición la vida, al pie mismo de los muros de aquella plaza que tanto codiciaba.

Los leoneses volvieron entonces sus ojos al rey proscrito, levantando por él sus pendones, lo que, sabido por D. Alfonso, hizo reunir en su habitación á los caballeros de su servidumbre, á fin de que le aconsejaran lo que debía hacer en aquellas circunstancias críticas.

Los hermanos Ansúrez y otros muchos, fueron de opinión de salir de Toledo sin dar cuenta á Almamúm de lo que sucedía, no fuera que el rey moro,

aprovechando la ocasión de encontrarse Castilla sin monarca, rompiera por la frontera con aspiraciones de conquista, ó retuviera en su poder á D. Alfonso, exigiéndole alguna ciudad en cambio de la libertad.

Pero el rey cristiano rechazó semejante proposición, y presentándose á su generoso amigo, le enteró de cuanto sucedía.

Alegróse Almamúm de aquella prueba de noble confianza, y tendiendo al castellano sus brazos, le dijo:

—¡Loado sea el Profeta, Alfonso! ¡Loado sea, porque ha hecho que mis beneficios no caigan en terreno estéril!

Cuanto me revelas, lo sabía ya por boca de mis algaes, pero no quería decírtelo, porque esperaba ver tu conducta en esta ocasión.

Mira: si faltando á la confianza que yo he depositado en tí, hubieras pretendido salir furtivamente de mi reino, ántes de dar el primer paso mi gente te hubiera hecho prisionero.

Pero tu modo de obrar me llena de satisfacción, porque me hace conocer que he prestado mi ayuda á un alma noble, grande y generosa.

Así, pues, disponte á marchar hoy mismo á Leon, á ceñir tus sienes con la corona de tu padre, y cuenta con que mis tesoros y mis guerreros están á tus órdenes para semejante empresa.

Pero ántes de que partas, prométeme que no moverás guerra á mi reino mientras yo le rija, y que, á mi muerte, protegerás á mi sucesor Hissem.

—¡Os lo juro, señor, como caballero! respondió con vehemencia D. Alfonso.

Aquella misma tarde, el monarca cristiano salió con dirección á Zamora, donde le esperaba doña Urraca, siendo acompañado por Almamúm hasta el monte Velaton (hoy Nombela).

IV.

Tan pronto como los pueblos de Leon tuvieron noticia de la vuelta de D. Alfonso, se apresuraron á rendirle pleito-homenaje; los gallegos les imitaron, y Castilla acordó también hacer lo mismo; pero con la condición de que jurase primero no haber tenido parte alguna en la muerte de D. Sancho.

Sabedor D. Alfonso de este acuerdo, y conforme con él, acudió á Burgos el día prefijado, y después de prestar juramento en manos del Cid en la iglesia de Santa Gadea, fué reconocido como monarca de Castilla.

De este modo volvió la Providencia á reunir de nuevo en un solo rey los estados divididos por Fernando I.

Y así como éste no ocupó el trono con tranquilidad hasta que las lanzas de sus soldados arrancaron en Atapuerca la vida á su hermano D. García, así D. Alfonso no se asentó de una vez en aquel mismo sío, sino cuando el acero de un traidor privó de la existencia á D. Sancho, al pie de los muros de Zamora.

¡Sangriento y singular contraste!

(Se continuará.)

Julian Castellanos.

UN PASEO POR EL RIFF.

I.

Si existe algo halagüeño en la existencia, es traer á la memoria los recuerdos de lo pasado. Estos son para la vida lo que son los perfumes para los vientos, lo que son las aves para la primavera.

Voy á traer á mi memoria la imagen de un país tropical, con sus desiertos y montañas, con sus ciudades y aldeas, con sus aduanares y caravanas, porque yo, en otros tiempos, hice mis viajes por las costas de la antigua Mauritania, acaso pretendiendo parodiarse á Marín, yendo á sentarme sobre alguna roca solitaria.

En aquella época tenía todo un mundo dentro de mi cabeza; la vida rebotaba en mi corazón; me sen-

tía empujado hacia adelante, con el afán de descubrir otros horizontes, y soñaba con episodios fantásticos, á la manera de un príncipe oriental. Pasar á otra parte del mundo, aunque esta se hallase á la puerta de nuestra casa; oír de noche el rugido de los leones, el canto de las tribus errantes, la voz formidable del *simoun*, é ir á dormir á una de esas ciudades abrasadas, descritas tan maravillosamente por algunos viajeros: esto era una de las más ardientes aspiraciones de mis esperanzas.

Pero si no pude lograr todo mi deseo, alcancé parte de él. Fuí militar, y el destino me llevó á los presidios menores de Africa, llegando por fin el día en que me embarcase en Málaga, con dirección al Peñón de Velez de la Gomera. Mi viaje era demasiado exiguo para los que yo había improvisado en otras ocasiones; pero el Peñón estaba en Africa, y era, en mi concepto, una cosa deliciosa pasar en una noche de una parte á otra del mundo. La transición no podía ser más rápida ni más poética.

El buque que me conducía, ya á estas horas debe tener honrosa tumba en el Mediterráneo; era un mítico, y tenía un nombre demasiado fúnebre. Llamábase *La Caja de los Muertos*. De puro viejo estaba cayéndose á pedazos, y, para un observador prudente y entendido, un mal temporal le hubiese deshecho. Pero lo extraño, lo singular, y, si se quiere, lo fantástico del tal buque, era que siempre que se daba á la mar acudía la borrasca, como una cariñosa hermana, á silbar por entre sus velas latinas, y *La Caja de los Muertos* llegaba al término de su derrota, semejante á un caballo árabe que, después de una carrera de muchas leguas, se detiene en frente de la tienda de su dueño, sin que se le conozca el sudor en su hermosa piel. Esto parecerá maravilloso, pero es verdad.

¿Tenía otro nombre aquel negro bastimento, como pudiera llamarle Fenimore Cooper?

Esto es lo que siempre llegué á ignorar. Era tan conocido con el de *Caja de los Muertos*, que los pelotones de mar de Melilla, Alhucemas y el Peñón tendrían presente su memoria.

Una vez embarcado, después de haber visto desaparecer el faro giratorio de Málaga, y al cabo de una noche de angustiosa navegación, subí á cubierta, al mismo tiempo que el sol, espléndido y sin rayos, parecía salir del fondo del mar.

Estaba en frente de las costas africanas, bañadas de un vapor azulado y trasparente; veía las blancas mezquitas, colocadas en altas cordilleras, algunos pueblecillos miserables, espaciosas campiñas cubiertas de una lozana vegetación, ásperas rocas bordadas de musgo, y sierras caprichosas, que corrían visiblemente hacia el estrecho, como si pretendiesen unirse en el fondo con las lejanas costas españolas.

Un poco inclinada á la izquierda, descubríase una sombría mole, aislada y piramidal, que resaltaba sobre el claro fondo, como un cíclope calcinado, como la estatua de un gigante. Era el Peñón.

Allí fué donde, en 1564, había llevado D. García de Toledo la bandera española. Aquellas aguas habían sostenido las galeras de Alvaro de Bazán; sobre aquella roca era donde el intrépido Ferrer había jurado morir ántes de entregarse; y tantas glorias unidas ocuparon por largo tiempo mis pensamientos. Aún queda en pie aquella gloriosa conquista, que anuncia á los buques de todas las naciones la grandeza de la España del siglo XVI.

El Peñón es una roca separada de la costa africana por un estrecho canal, llamado el *Fredo*, que se semeja á un tranquilo lago. Tiene una pequeña playa, y más atrás una puerta, denominada del Baladero. Desde la lengua del agua principian las fortificaciones, unas árabes, otras cristianas; unas antiguas y otras modernas, según las necesidades de los tiempos.

Desde el Baladero á la Corona, castillo cubierto de cañones, que existe en el punto más elevado, se extiende la población, compuesta de una calle sola-

mente, que sube en forma de zig-zag hasta el fuerte de San Miguel. Cerca de él están la iglesia, la casa del gobernador, el hospital y otros edificios públicos. El resto está compuesto de almacenes, cuarteles y baluartes, sobre los cuales existían, y no sabemos si existen hoy, gruesos falconetes del tiempo de la conquista. Un puente levadizo, construido en la misma roca, incomunica la parte alta con la parte baja de la población. Levantado este puente, queda en medio un abismo, cuyo fondo es el mar.

Otro peñasco, que se encuentra tendido en uno de los costados de la plaza, ha merecido el nombre de *Isleta*. Un puente rústico, que puede servir para un paisaje de Ferrant, establece la comunicación entre las dos rocas, y es cosa curiosa y bonita aquel puente echado sobre el mar, sobre todo cuando las olas inquietas y turbulentas pasan por debajo, lanzando al aire copos de espuma. La *Isleta* es á la par un paseo y una fortificación. Por un lado enseña á los riffeños sus blancas aspilleras; por otro permite extender la vista sobre la superficie del mar. Las bellas hijas del Africa bajan por la tarde á este sitio á respirar, ya el aroma del azahar, que arrastra el Oeste desde las playas de Tetuan, ya el aire tempestuoso del Levante, impregnado de emanaciones marítimas, que penetra en el Fredo, jugando con las olas que se estreñan contra la erizada costa.

No soy persona competente para tratar sobre la importancia de la fortificación; pero sí comprendo que hay algo de inexpugnable en aquel Titan de los mares, en aquel aborto de la naturaleza, que mira con un ojo á España y con el otro al Africa. El Peñon es una eterna amenaza contra las tribus salvajes que pueblan las costas, y tantas señales tiene de la constante lucha en que está empeñado desde que don García de Toledo clavó el estandarte de la cruz en su fortificada frente.

Los mares que rodean el Peñon producen excelente y abundante pescado. Los moros introducen en él los demás víveres: buena carne, trigo que se muele por los presidiarios en molinos de mano, huevos, gallinas, alcuzcuz, dátiles y naranjas. Todos estos efectos se compraban con una baratura extraordinaria, y aún se conseguía mayor rebaja en el precio si se pagaba en moneda columnaria. Envuelto el moro, por lo regular, en un albornoz listado de blanco y negro, y puesto de cuclillas, postura que le es muy habitual, se convierte en mercader después de haber dejado la espingarda y la gumiá: guarda dentro de la boca las monedas que recibe, al mismo tiempo que mastica su negro pan de cebada ó aspira el pesado humo de su pipa. Por la mañana, antes de que la lancha de la plaza vaya al otro lado del Frero para recoger á esta clase de comerciantes, se colocan sobre una roca que avanza sobre el mar, y es muy fácil confundirlos con las piedras de la costa, que tienen el mismo color. Todo esto es curioso, y, á más de curioso, es poético. Es tan rápida, como hemos indicado antes, la transición que se experimenta en una noche, pasando de un país civilizado á otro inculto y salvaje, que la sombra nos hace creer que estamos al otro lado del Atlas.

(Se continuará)
T. Tarrago.

OBRA PÓSTUMA DE MEYERBEER.

Los periódicos de París se ocupan mucho del drama de M. Blaze de Bury, y al cual Meyerbeer compuso la música. Este drama, titulado *La Jeunesse de Goethe*, debía ponerse en escena en el Odeon, bajo la dirección de M. de Rounat, cuando vivía el compositor. Pero Meyerbeer murió, y como no quería que su partición de *La Jeunesse de Goethe*, se ejecutase antes que *La Africana*, tuvieron que esperar.

Hoy esta partición vá á dar lugar á un pleito bastante curioso, intentado por M. Blaze de Bury contra los herederos de Meyerbeer, los cuales rehusan entre-

gar el manuscrito del maestro, que en realidad, no pueden, á ménos que no se les forzase á ello por medio de un auto judicial.

Hé aquí la historia del asunto que ocasiona este conflicto.

M. Blaze de Bury escribió, bajo el título *La Jeunesse de Goethe*, un drama curioso y puramente sencillito, desprovisto de todo adorno musical, que leyó cierto día á la gran actriz del Gimnasio, Mad. Rose Chéri. Mientras que esta señora escuchaba la lectura con bastante atención é interés, M. Montigny, que estaba presente, y conocía ya la obra, leía un periódico en un extremo de la sala. Al llegar á una escena, de un efecto bastante patético, y en la que se encontraban intercalados algunos versos que debían ser cantados, Mad. Rose Chéri, interrumpió la lectura, exclamando:

—Hé aquí una situación nueva, llena de sentimiento y singularmente poética. La música aumentaría el efecto; pero no puede ser compuesta por el primer advenedizo. Os hace falta encontrar un compositor de alguna reputación, que ofrezca garantías, y tenga talento para escribirla.

—¡Oh! esto no me preocupa, respondió Blaze de Bury; tengo ya mi hombre. Meyerbeer hará la música.

Al oír estas palabras, M. Montigny abandonó la lectura de su periódico.

—¡Podrías hacer que escribiera esta música Meyerbeer!...

—Ciertamente, es un obsequio que no me rehusará.

—Entonces, dijo Montigny, me permitireis os diga, que, si no lo hacéis, pasareis junto á la fortuna sin aprovecharla. Con Meyerbeer, vuestro drama tomará unas proporciones extraordinarias. Se encuentran situaciones en él, que parecen creadas expresamente para el compositor. Añadid á vuestra obra el inmenso interés musical que encierra, y vereis el resultado.

Preocupado Blaze de Bury con esta observación, corrió en busca de Meyerbeer, y le llevó el manuscrito.

Encontró al maestro admirablemente dispuesto, el cual se puso á trabajar, y bien pronto, apoderándose de él la inspiración, terminó una partitura, que tenía los honores de una verdadera ópera. El asunto le sedujo tanto, que la obra tomó considerables proporciones, resultando una música inseparable del drama.

Entonces fué cuando M. de Rounat tuvo la idea de poner la obra en escena.

Pero *La Africana* estaba todavía en cartera, y Meyerbeer no quería dar nada antes de esta ópera.

Murió Meyerbeer; pero á pesar de esta desgracia, *La Africana* se representó. Entonces M. Blaze de Bury pensó en su drama, y reclamó el manuscrito de la partición.

Se le dijo que no podía ser, sin desairar á Meyerbeer, el cual, en su testamento, se oponía formalmente á que se tocara ninguno de sus manuscritos antes de la mayoría de su nieto, que era quien sólo tendría derecho de usar de ellos, siempre que cumpliera la condición de ser músico.

Para mayor seguridad, el ilustre difunto había tomado una singular precaución.

Desconfiando sin duda de la curiosidad é indiscreción de los artistas, se guardó muy bien de confiar sus preciosos papeles á ningún músico. Hizo encerrar sus manuscritos en un cajón bien sellado, y un día que se paseaba por la ciudad, entregó su depósito á cuatro curtidores de uno de los arrabales de Berlín, que jamás había conocido, ni oído hablar de ellos, con el encargo de conservarlo intacto, recogiendo un recibo y fijando sus nombres en el testamento.

Este es, pues, el cajón que se trata de abrir para sacar la partición de *La Jeunesse de Goethe*; pero los curtidores velan sobre el sagrado depósito, sin

saber de qué se trata, principal motivo por que Meyerbeer les dió la preferencia.

M. Blaze de Bury, que pretende poseer formales promesas escritas, no reconoce derecho á oponerse á la ejecución de lo que considera como un tratado inviolable.

¿Quién decidirá la cuestión? El tribunal, y después el público. Este es el negocio.

Dios quiera quede pronto resuelto, y favorablemente á M. Blaze de Bury, al ménos, para que el mundo conozca pronto el nuevo *spartito* del ilustre compositor.

J. M.

NOVÍSIMO DICCIONARIO DE LA LENGUA.

I.

Idea. Si la tuviera,—su definición os diera;—pero, como no la tengo,—de definirla me abstengo.

Idealismo. Una quimera,—lo mismo que otra cualquiera.

Idiosincracia. A mi ver,—el modo de ser de un sér;—carácter por otro nombre;—diferencia entre hombre y hombre—y entre mujer y mujer.

Iglesia. Congregación—universal del cristiano;—madre, á quien jamás en vano—llamamos en la aflicción.—En ella la religión—tranquilamente se anida;—ella al alma arrepentida—en ángel justo convierte;—y nos recoge en la muerte,—trás de ampararnos en vida.

Igualdad. Lema, que ufano—un pueblo republicano—instituyó en su doctrina...—y al noble como al villano—igualó en la guillotina.

Ilusión. Error, que abriga—del alma la desnudez:—apoyo de la vejez,—y de la niñez amiga.—A su resplandor fecundo—convierte, el que en ella goza,—un palacio de una choza—y un eden del triste mundo.

Imaginación. Asunto—sobre el cual, en un mal pronto,—escribió un poema en tonto—un escritor ya difunto.

Imbecilidad. Profundo—misterio: estado inconsciente,—en que se halla mucha gente—de la que vive en el mundo.

Imberbe. Quien se deleita—cuando le acomete el sueño,—porque en su feliz ensueño—se figura que se afeita.

Imitación. El osado—ardor, nada peregrino,—de marchar por el camino—en que otros han caminado.—En los sistemas mejores,—en que el génio ufano brilla,—nunca falta una trailla—de osados imitadores.

Impaciencia. Es una falta—del orden en los deseos,—cuando los hombres olvidan—que el tiempo requiere tiempo.

Impertinencia. El desprecio—del tiempo, que tanto cuesta.—Cual todo lo que molesta,—es patrimonio del necio.

Imprenta. Madre amorosa,—que, por conductos diversos,—recibe sublimes versos—lo mismo que mala prosa;—y sin importaría nada,—dá á luz, por amor tan sólo,—arpegios dignos de Apolo—y trinos dignos de Estrada.

Impresor. Todo pariente—del amigo Guttenberg;—multiplicador de ideas,—y de sandeces también.

Improvisar. La manera—de discurrir mal y pronto,—de que dispone cualquiera,—teniendo, ilustrado ó tonto,—por musa la borrachera.

Incensario. Un brasero—pendiente de una cadena,—que se usa en los ministerios—mucho más que en las iglesias.

Industria. Es en general—(y aquí mi instrucción encaja)—la aplicación del trabajo—á un agente material.—Se divide en extractiva,—que es la que ejerce el ladrón;—agrícola, que es pasión—bien sencilla y primitiva;—fabril, que es la que consiste—en darnos por liebre, gato,—y comercial, que es un trato—que tiene muy poco chiste.



Féria de Santa Genoveva en Paris.

Ingénio. Aquí es agudeza,—fortuna entre los cubanos.—El uno requiere manos,—el otro sólo cabeza.

Inglés. La calamidad—más grande de nuestra edad.—Vulgarmente es un inglés—quien presta con interés.—Entre todos los reveses,—no hay como tener ingleses.—Muchos habrá en Inglaterra;—pero aún hay más en mi tierra.—El inglés siempre nos sigue—y nunca su afán consigue;—pues si su afán consiguiera—dejara de ser lo que era.

Injuria. Ofensa ó dictado,—que siempre el honor empaña:—palabra que al autor daña—á la par que al injuriado.

Inquisicion. Es la accion—de inquirir, y un tribunal—que del infeliz mortal—supo hacer un chicharron.

Insinuacion. Solapada—frase, de incierto acomodo,—con la que se dice todo,—como quien no dice nada.

Inspiracion. Bien fecundo,—que en un cerebro se encierra,—y que, al

salir á la tierra,—de admiracion llena el mundo.

Instruccion. Palabra hueca.—Es cosa muy admitida,—aunque de inexacta peca,—que haya quien su biblioteca—lleve en la frente metida.

Insulto. Nunca conviene—lanzarlo á la discusion,—pues el insulto es razon—de quien la razon no tiene.

Interés. Casi dá horror—decir á lo que ha llegado—en el siglo del vapor:—el interés ha matado—la probidad y el honor.

Intuicion. Ciencia de pega,—que á veces induce á error,—por la cual un escritor—presiente la historia griega.

Iris. Café reputado,—á otro café anexionado.

Italia. Nacion que á Roma—vencer y domar aspira;—tierra que mil formas toma,—y que se encoge y se estira,—como si fuera de goma.

ANA LA LIEBRE,

POR

TORCUATO TÁRRAGO.

SEGUNDA PARTE.

XI.

Lo que puede pensar una mujer en un millon cincuenta y un mil doscientos minutos.

Yo no sé quién ha dicho, no lo recuerdo ahora, que la ausencia es hermana de la muerte.

Creemos que esto sea una verdad.

Nosotros, castellánamente hablando, acostumbramos á decir lo siguiente: «A muertos y á idos no hay amigos.»

Hay en la separacion de dos seres algo parecido á un principio de eternidad.

Los dias, esos constantes progenitores de la creacion, vienen y pasan sobre las promesas, sobre

los hechos, sobre las cosas mismas, dejando caer un velo imperceptible, el cual, al fin y al cabo, forma una espesa capa, que todo lo borra y todo lo destruye.

Si no, reparad, si es que sois observadores, en un edificio, en un monumento, en un árbol, en la misma topografía de una localidad; reparad, repito, en una de esas cosas, y echareis de ver que el año ante-

rior tenía el edificio otro carácter, el monumento otro color, el árbol otra figura, el terreno otros accidentes.

Pues de la misma manera así varía insensiblemente el corazón humano. Quiere detenerse en un punto, y sin saber cómo se encuentra en otro lugar. El pensamiento de ayer es ya distinto del de hoy: acaso

tendrá la misma apariencia, pero las modificaciones íntimas del alma se encuentran como las moléculas del aire, y de aquí es que algunos espíritus sensibles tomaban por fenómeno, y que en realidad no lo es ni puede serlo.

La humanidad, á semejanza de los caudalosos ríos, tiene sus grandes corrientes, y á imitación de una



El príncipe Napoleon

buena madre, tiene sus grandes dolores. Que sincope-mos esa humanidad en un solo individuo, ó que la miremos de una manera colectiva, el dolor es el mismo siempre. Destroza y mata; es el arsénico del alma.

Por lo tanto, permítansenos estas preguntas.

¿Fue el dolor de no ver á su hijo lo que mató á la madre de Rafael, á la pobre Petronila Martínez? No lo sabemos: mejor dicho, no queremos saberlo. Lo cierto es que no se había cumplido el año de ausencia, cuando aquella buena mujer bajo al sepulcro.

¿Fue la viudez lo que mató á Antonio Alvarez, padre de Rafael? Tampoco lo queremos averiguar; pero lo positivo é innegable es que murió seis meses después de su esposa.

¿Fue el abandono y la soledad lo que acabó con el bueno de D. Aselmo, el digno y humilde beneficiado de la parroquia? Lo ignoramos: pero la verdad es que el cariñoso anciano murió, sumido en el dolor más profundo.

Y vean Vds. aquí, en ménos de dos años, desaparecer á una familia honrada y que vivía feliz en su pobreza, no dejando otra cosa sino ese recuerdo vivo al principio, y que se fué amortiguando después, de sus virtudes y elevados sentimientos.

Tales son las cosas de por aquí abajo.

Job tenía razón cuando dijo: *Sicut nubes, quasi nubes, vel ut humbra.*

La familia de Rafael murió, merced á ese arsénico del que hemos hablado más arriba, y ya que murieron, lo único que podrán desear mis piadosos lectores es que duerman y descansen en paz.

Mientras esta familia se perdía en las regiones de la muerte, otra familia brillaba en las regiones de la vida.

Esta familia era la de Ana.

Allí reinaban la abundancia y el contento. Pedro Avellan era siempre el labrador rico, y María Hernandez, su esposa, la mujer previsora y activa. Las cosechas, siempre pingües, llenaban sus trojes. La vendimia, siempre abundante, llenaba sus bodegas; los olivos, siempre cargados de fruto, henchían sus tinajas. Habían sentido, sí, las desgracias de su convecino D. Anselmo; pero ¿qué importan los males extraños cuando nos sonríe la felicidad interna?

Esta clase de felicidad doméstica es sumamente egoísta y hace mucho daño en el corazón; por lo regular, nada significa el quebranto ajeno cuando no lo experimentamos nosotros mismos, y véase la causa por lo que había contento en la casa de Pedro Avellan.

¿Participaba Ana de este bienestar, de esta alegría, de esta perpétua satisfacción?

Para contestar á esta pregunta es preciso levantar, con el escalpelo de la psicología, los pliegues de aquel corazón juvenil, ardiente y apasionado.

Ana era sencilla, no era coqueta, era sí, como saben nuestros lectores, un *bulle-bulle*, que tenía mil conexiones con la ardilla, mil afinidades con la liebre. Mientras tuvo á su lado á su amante, ella vivió para él; se ponía muy compuesta sólo por él; se coronaba de flores sólo por agradarle.

Al otro día de su marcha, aquella niña amaneció triste como la luna cuando viene la aurora á robarle sus místicos resplandores. Le faltaba la luz, le faltaba la vida y se contentaba con llorar.

Se levantó temprano, se vistió modestamente y dijo á su madre que quería ir al convento de la Concepción.

Esta encontró muy natural aquel deseo, y dispuso que fuese acompañada por la tía Teresa, que, á más de ser una antigua criada de la casa, reunía la de merecer toda la confianza de su ama.

Y una vez en la Concepción, Ana se hincó de rodillas delante de la hermosísima Virgen de los Dolores, y como si reconcentrase en aquella bendita madre toda su esperanza, dirigió hácia ella estas palabras, que apenas se escaparon de sus labios.

—Yo juro, madre mía, que á nadie amaré sino á

él; que no lo olvidaré nunca; que solamente él será mi esposo; que mi corazón será siempre suyo. Yo vengo aquí á vuestras plantas, á renovar mi juramento; el juramento que anoche le hice entre el último adiós de la despedida.

Ana volvió á su casa más tranquila desde que hizo este ofrecimiento.

Entregóse á sus tareas ordinarias; pero la risa había desaparecido de sus labios, y su madre no dejó de extrañar esta novedad.

A los tres días de la ausencia de Rafael tuvo una carta de este.

En ella le decía cómo había sido declarado soldado por el consejo de la provincia, que había ingresado en el batallón de cazadores de Arapiles, y que dentro de pocos días marchaba con su cuerpo á Barcelona. Después le hablaba de su amor tranquilo y confiado, y se prometía igual correspondencia.

Ana volvía de tiempo en tiempo al altar de la Virgen de los Dolores, y allí pasaba horas enteras enfrente de aquella imagen divina, envidia de Roldán y Montañés, hablando artísticamente.

Y de este modo pasaron los días, los meses y los años, hasta que sucesivamente ocurrió la muerte de la madre, del padre y del tío de Rafael, en la forma que dejamos dicho.

¿Dejó de escribir Rafael todas las semanas como había prometido? No. Sus cartas se sucedieron siempre, sin faltar en nada á cuanto hubo prometido en un principio. El amor del soldado era invariable.

¿Seguía Ana correspondiéndole con igual firmeza? Sí seguía; pero Ana era mujer.

Y *quien dice mujer, dice mudanza*, valiéndonos de la frase de un poeta.

Dos años tienen setecientos treinta días, y estos días tienen la friolera de diez y siete mil quinientas veinte horas, dando estas horas la cantidad de un millón cincuenta y un mil doscientos minutos; bien puede decirse si en este período de tiempo, pudo ó no pudo modificarse el amor de aquella joven.

Presentamos simplemente los hechos, y nuestros lectores juzgarán. En aquellos dos años consecutivos, Ana no podía estar pensando siempre en Rafael. Ana tenía mil amigas, las cuales la distraían de su más recóndito pensamiento; Ana era una de esas jóvenes admirables por lo bellas, que llaman la atención de todo el mundo, y esto, si no distrae, halaga al corazón más indiferente; Ana era muy conocida para estar constantemente encerrada en su casa; y por último, Ana era rica para pasar con indiferencia entre la generalidad.

Todo era muy natural.

Había además otra cosa.

Si Ana salía de paseo, no faltaba quien le lanzase, á manera de un arma arrojadiza, lo que vulgarmente se llama un piropo. Si había en la ciudad una boda ó un bautizo, Ana era casi la primera convidada; si ocurría un baile en alguna casa, Ana tenía que ser la primera en la brillante reunión, siendo siempre la que más bailaba.

Cierto es que en medio de la fiesta siempre cruzaba un recuerdo por su mente; pero con la variedad extrema de los accidentes exteriores, se evaporaba el dicho recuerdo, y Ana seguía la corriente, como se dice en términos generales.

Y como Ana era sobradamente rica, tenía entrada en todas partes; en las casas de las familias aristocráticas del pueblo y en las de las gentes de su condición; Ana estaba en una edad en que debía saber muchas cosas, y sus padres no escatimaron el dinero para perfeccionar en todo lo posible la educación de su hija.

Y de aquí el que Ana supiera bordar de todas formas y de todas maneras; de aquí el que bailase desde el sencillo fandango hasta la danza más aseñorada; de aquí el que Ana estuviese al corriente de las modas y de los figurines, y por último, el que hablase de novelas, de dramas y hasta de óperas, fruta prohibida á los vecinos de la ciudad.

Todos estos conocimientos, todas estas nociones, hacían el que Ana se encontrase distraída mil veces, y ya ocurrió una vez, dentro del susodicho millón cincuenta y un mil doscientos minutos, el que, teniendo que escribir á Rafael, dejase la escritura para asistir á un baile que había en casa de un D. Cándido de los Ríos, fuerte comerciante oriundo del valle de Pas.

Este D. Cándido tenía dos niñas rubias, un tanto pecosas y simplemente bonitas; pero estas niñas sabían tocar el piano; cantaban un poco; tenían el mal gusto de haberse apasionado de la música de la *Traviata*, y con estos antecedentes, excusado es decir que la casa del D. Cándido siempre estaba de fiesta.

Ana era allí la primera convidada, y mal podía la joven dedicarse á sus pensamientos amorosos cuando á cada instante tenía allí momentos de satisfacción y de placer.

Verdad es que Ana apenas se reía, hasta que una tarde, por yo no sé qué ocurrencia, soltó al fin su alegre y antigua careajada.

Margarita y Lutgarda, que eran las hijas de don Cándido, exclamaron asombradas:

—¡Gracias á Dios que te ries de veras!

Ana se acordó de Rafael, y se puso seria súbitamente.

—Me he reído casi sin saber de qué. Una distracción la tiene cualquiera.

—La risa suele ser hermana del llanto, contestó una voz suave y varonil á espalda del grupo de las tres jóvenes.

Estas, que se creían solas, volvieron la cabeza, y se encontraron frente á frente con Carlos Fuster, joven de una familia también de labradores ricos, que estudiaba ni más ni ménos que el sexto año de leyes.

Ana miró á Carlos, hizo un ligero mohín, y replicó:

—Bien puede ser.

Pero la verdad es que toda aquella tarde estuvo pensando en cómo es posible que el llanto se mezele con la risa.

(Se continuará.)

REVISTA DEL EXTRANJERO.

RESUMEN.—El presidente y las Cámaras de los Estados Unidos.—Cuestión del *Alabama*.—Gastos diplomáticos secretos.—Lord Derby y M. Gladstone.—El ex-rey de Hannover.—La emperatriz Carlota.—Italia.—Vacaciones legislativas.—Revoluciones mejicana y haitiana.—Carnavales.—Suez.—Terribles frios.—Una carta de Mozart.

Las noticias más importantes de la semana que acaba de pasar son las que el telégrafo trasatlántico nos ha transmitido acerca de la situación interior de los Estados Unidos de América.

La sorda lucha que venían sosteniendo el presidente Johnson y el Congreso, ha tomado serias proporciones, con motivo de la destitución del ministro de la Guerra M. Stanton, y su reemplazo nominal por el general Thomas. Decimos nominal, porque Stanton se ha negado á dejar la cartera, presentándose á las Cámaras como víctima de un atropello del presidente.

El Congreso ha nombrado ya á dos de sus miembros para que acusen ante el Senado al presidente, y ya está formulado el capítulo de culpas contra M. Johnson.

A esta situación anómala se deba quizás el pacífico arreglo de la cuestión del *Alabama*, que ha tenido y tiene aún agriadas, hasta cierto punto, las relaciones de la república de Washington con su antigua metrópoli. Las afectuosas palabras dirigidas por M. Johnson al representante de Inglaterra, y el nombramiento del general Mac-Clellan como ministro norte-americano en Londres, son prendas casi seguras de un próximo arreglo diplomático de las cuestiones pendientes entre ambas naciones, cuyo giro parecía no prometer tan satisfactorio desenlace.

Con estas noticias coincide la de haber suprimido el Congreso de los Estados Unidos el capítulo de fondos secretos que el departamento de Relaciones

exteriores acostumbraba consignar en los presupuestos. Esta medida es, á nuestro juicio, acertada; pues el capítulo de fondos secretos estaba sólo justificado en los tiempos en que servían de norma á los diplomáticos los tenebrosos principios vertidos por el célebre Maquiavelo.

Al fin ha acontecido en Inglaterra la modificación ministerial que el mal estado de salud de lord Derby presagiaba. La dirección de los negocios públicos está ahora á cargo de M. Disraeli, jefe ya del partido *tory* ó conservador. También cambiará de manos el timón del partido liberal, que lord Russell parece decidido á entregar al ilustre M. Gladstone, uno de los hombres que más valen en el estadio de la política europea.

A muchos rumores, comentarios, notas y declaraciones ha dado origen el brindis del ex-rey Jorge de Hannover manifestando el propósito de recuperar su cetro. Todo hasta ahora se ha quedado en palabras, y las cosas en la misma situación en que se hallaban: fenómeno que venimos observando de algún tiempo á esta parte en la política general de Europa, y que deseamos siga manifestándose en el mismo sentido, porque, si bien causan grandes perjuicios los rumores de próximas guerras, peor sería que se llegaran á convertir en realidades.

La infeliz Carlota, viuda del archiduque y emperador Maximiliano, ha recobrado ya la razón, á juzgar por la carta que en correcto italiano ha dirigido al Papa. La razón es un don inapreciable, pero si ha de servir para conocer una desgracia tan inmensa é irreparable como la sufrida por la hija del rey Leopoldo, es muy dudosa su conveniencia; nosotros, desde luego no la deseáramos.

Con motivo del próximo enlace del príncipe heredero de Italia, han mejorado las relaciones de las cortes italiana y francesa. Por lo demás, en aquella península siguen los rumores de trastornos en sentido borbónico, á consecuencia de lo cual se ha dado orden de que la escuadra de Spezzia esté pronta para marchar en un día dado á las aguas de Sicilia.

Pío IX ha escrito para que cesen los alistamientos de voluntarios en los distintos puntos donde se verificaban: síntoma pacífico que tiene significación bastante.

Con las fiestas de Carnaval han suspendido durante la última semana sus sesiones los cuerpos colegisladores de Europa; por eso no hay gran cosa que consignar acerca de ellos.

La revolución mejicana avanza, y la que se ha verificado últimamente en Haití ha triunfado por completo. ¡Triste estado el de las naciones de América, entregadas siempre á movimientos estériles y aún perniciosos!

Los carnavales no han presentado este año la animación que otros. En París no ha hecho sensación el *bœuf gras*; en Roma, ha habido poca animación; en Venecia, menos que nunca. ¿A qué atribuirlo? Tal vez á que la guerra se disfraza de paz, la estrechez de largueza, la miseria de hartura; y á pesar de todo no hay quien deje de conocer el rostro verdadero detrás del fingido.

Al fin parece que la gran obra de la canalización del istmo de Suez quedará terminada en la fecha que su iniciador y director infatigable, M. de Lesseps, había fijado, esto es: en 1.º de Octubre del próximo año de 1869.

Terrible ha sido este invierno en todo el mundo. Especialmente en Rusia, y dentro de Rusia, en la Siberia, ha hecho un frío que horroriza. Sólo de pensarlo se queda uno hecho un carámbano, é indudablemente allí no serían ya las palabras las que se helarían, sino hasta los pensamientos.

Bajar el termómetro centígrado de alcohol á 48 1/2 grados bajo cero, y congelarse el mercurio de aquellos aparatos, son hechos que rara vez acontecen en los países habitados. Así se comprende que los ani-

males, y aún los hombres, hayan perecido víctimas del frío hálito de los témpanos rusos.

Templemos estas noticias con el calor de un alma apasionada, que vive entre nosotros y vivirá eternamente, flotando en una atmósfera de armonía.

Es un recuerdo del génio de la música, del gran Mozart.

La noticia es interesante, como todo lo que á Mozart se refiere.

La *Crónica de Teatros*, que se publica en Leipsick, trae un anuncio, donde se lee que su redacción está autorizada para enajenar una carta autógrafa de Mozart, fechada el 2 de Abril de 1789, en el precio de 150 thalers.

El divino autor del *Don Juan* no pudo sospechar nunca que llegaría día en que algunas líneas suyas valieran aquella cantidad. La prueba de ello es que existe, entre otras, una carta de Mozart, dirigida al baron Von Gwiten, en la que el gran compositor le suplica que le preste la cantidad de tres florines!

A. Avilés.

REVISTA DE MADRID.

Como anunciamos en nuestro anterior artículo, el Carnaval nació y espiró en un minuto, sin que ofreciese, durante su efímera existencia, novedad alguna respecto á los años anteriores, sino lo sea el haber venido á demostrar, con la escasez de máscaras, que la afición á tan extrafalaria fiesta se vá perdiendo, á Dios gracias.

En el Prado, en el paseo del Dos de Mayo, en Atocha y en Recoletos, se han contado este año menos mamarrachos que en el anterior, y esto, que parece entristecer á algunos, nos produce á nosotros un inmenso placer. No se crea por ello que somos enemigos de las fiestas populares y de las alegres expansiones del ánimo. Todo menos que eso. Pero cuatro días de estúpida algazara, de gritería, por decirlo así, premeditada, de ruido infernal y holganza constante, parécenos que producen, en junto, un espectáculo nada culto y aún menos edificante.

Lo desapacible de la temperatura y el exíguo número de individuos disfrazados, no ha sido obstáculo, sin embargo, para que en dichos días Madrid entero se haya lanzado á la calle, invadiendo los paseos y rellenando los cafés, con febril exaltación, ya que no con la franca alegría de otras veces.

Y esto, á decir verdad, no acertamos á explicarlo. A toda hora oímos cuál se lamentan las gentes de la penuria de la época: á cada paso tropezamos con indigentes que demandan un pedazo de pan: obreros sin trabajo: viudas pobres: niños desamparados: ancianos decrepitos: enfermos agonizantes: todo esto vemos; y sin embargo, llegado el caso de acudir al remedio de estas desdichas, el resultado que advertimos nos hace dudar de la verdad en lo mismo que hemos tenido momentos ántes delante de la vista.

Se hace, y este es el caso, un llamamiento por la corporación municipal á mil jornaleros que se hallen sin trabajo para proporcionársele, y con él el sustento, y acuden trescientos. Se les contrata, y al segundo día sólo pasan lista doscientos. Llegan las fiestas de Carnaval, y se presentan á trabajar ochenta. ¿Qué es esto? ¿Es falsa la miseria ó es inexacto lo que decimos? Ni lo uno ni lo otro quizás, y hé aquí el punto de la dificultad.

A pesar de este estado de cosas, llega el momento de divertirse, y falta espacio material en Madrid para contener el público, que, desbordado, se lanza á los placeres, público que acude á todas partes, pero sin entusiasmo, sin júbilo, sin gusto, sin deseo, sin esperanza tal vez, pero... acude. Hé aquí otro enigma.

Por eso hemos dicho y repetimos que durante el Carnaval la gente no ha faltado en todos los sitios, y, sin embargo, puede asegurarse que esa misma gente no se ha divertido.

En ese caso, ¿por qué vá? ¿Por qué abandona lo que puede serle útil, en busca de una diversion que no halla, que no ha de hallar? Lo ignoramos; quizás también los que así se afanan en vano, no saben que es inútil su pretensión. La diversion, el goce, la verdadera satisfacción, la encuentra siempre el ánimo en el descanso. Este ha de venir después del trabajo. ¿Cómo quiere divertirse ni gozar en nada un pueblo que no trabaja? Esta es la cuestión.

Pasemos á otro punto.

Dejando á un lado reflexiones tristes, fijémonos en algunos detalles, que reseñan la fisonomía del pasado Carnaval.

Treinta y dos estudiantinas han recorrido las calles de esta muy heroica villa durante los citados días. Treinta y dos comparsas de estudiantes, con el pelo rizado, guantes claros y muchísima borla. Dichas comparsas se han entretenido en tocar habaneras, polkas, shotischs y pedir dinero. Una con otra, ha recaudado cada una, dos mil quinientos reales, que se han repartido entre peluqueros, guanteros, cafeteros, fondistas, zapateros, empresarios de bailes, etc. Del mal, el ménos.

Treinta carruajes enmascarados han recorrido el paseo, mediante el contingente de 200 rs. que por cada uno han satisfechos sus dueños, con destino á la beneficencia. Sentimos que hayan sido tan escasos en número.

Carruajes sin máscara, y sin 200 rs. por lo tanto, según la cuenta que se ha permitido hacer un estadístico que puede regalar paciencia á cualquiera, han circulado por el Prado en cada uno de los mencionados días 1,760, que ocupaban 35,200 piés de terreno, calculando que cada carruaje ocupa un espacio de 20 piés. ¡Vaya si es curioso el dato!

El público de infantería no pudo ser contado: con decir que todo el vecindario de Madrid ha desfilado por el Prado está resuelta la duda que pudiera ofrecerse.

Reunidos todos estos elementos de vida, han dado por suma total, sin embargo, un Carnaval muerto, sin animación y sin alegría. El año que viene, dicen los aficionados que será otra cosa. Ni lo negamos ni lo creemos.

Enterrado el difunto, Madrid se entrega al duelo en la presente Cuaresma, en tanto que los teatros disponen algo que haga más fácil y llevadera la penitencia. Barbieri comienza hoy sus conciertos; predilecta diversion del público, que así lo ha demostrado desde el instante en que se anunció el abono á dichas solemnidades musicales, suscribiéndose á localidades en número suficiente á componer la suma de 70,000 rs. Lo celebramos infinito.

En el teatro de la Zarzuela dispónese también á toda prisa la comedia de magia *La Varita de virtudes*, y en el del Príncipe estrenóse ayer una comedia del ya bien reputado escritor Sr. Gaspar, titulada *La Levita*. De esta obra nos ocuparemos en el próximo número.

Para terminar, diremos que también el teatro de Variedades volverá á abrir sus puertas el sábado próximo.

En dicho coliseo actuará una compañía dramática, dirigida por D. Juan Alba, y bajo la protección de las damas de la asociación de beneficencia domiciliaria, con el fin de dar 18 beneficios para los pobres de otras tantas parroquias de Madrid.

El pensamiento es por extremo laudable, y á él desde luego nos asociamos.

Celebraremos que el resultado corresponda á la bondad del propósito.

E. de Inza.

TUS OJOS.

En el álbum de Emilia.

Como del mar la movediza espalda,
con sus ricos cambiantes
de color de esmeralda,
conmueve á los resueltos navegantes;
cual de la selva umbría
las verdes ramas en que gime el viento,
despiertan en el alma el sentimiento
de la melancolía:
así tus verdes ojos,
de serena expresion y pura calma,
despiertan en el alma
del amor los dulcísimos antojos.

A. Avilés.

UNA TARDE EN MI VALLE.

¡Tarde horrible! el horizonte.
la alta esfera negro velo
recubrió;
triste, oscuro estaba el monte,
triste el valle, triste el cielo,
triste yo!

En medio al cuadro sombrío,
de pavora todo acento
feneció;
mudo estaba el manso río,
muda el avé, mudo el viento,
mudo yo!

De la aldea á la cabaña
buscó un sér mi vista... en vano
le buscó;
sola estaba la montaña,
solo el bosque, solo el llano,
solo yo!

Y trás el negro horizonte,
sólo el poder soberano
que hoy logró,
que ni una flor guarde el monte,
ni una el bosque, ni una el llano,
ni una yo.

¡Ah! del tiempo al honda saña,
seremos en este arcano
que él formó,
polvo estéril la montaña,
polvo el bosque, polvo el llano,
polvo yo!

Evaristo Silió y Gutierrez.

MADRIGAL.

Una flor bella en un jardín habia
que el viento suavemente la mecía,
y yo que la miraba
entre las otras flores
la más hermosa en aroma y en colores,
me pareció que el viento la besaba;
después, una pintada mariposa,
que se vino vagando,
cuando vió aquella rosa
paróse allí á libar grata ambrosía;
y luego despreciando
miró las otras que á su lado habia.
¡Oh tú, la virgen de mis sueños pura,
tú eres aquella rosa,
y es el áura que besa tu hermosura
el pensamiento mio,
y yo la mariposa
que en tí la dicha y mi esperanza fio!

M. G. Guevara.

ROSSINI.

Joaquin Rossini, ese génio de la música moderna,
cuyos vivos destellos aún se nos ofrecen, por fortuna,
en el horizonte de la vida, nació en Pessaro, el 29 de

Febrero de 1792. En 1807 fué admitido en el liceo de
Bolonía, donde Estandislaio Mathei le inició en los ar-
canos del contrapunto. Su primer inspiracion fué *Il
Pianto de armonia*, sinfonía escrita en 1808. Desde
entónces ha brillado como uno de los más esplen-
dentes astros en el cielo del arte. ¿Para qué citar sus
obras, ni para qué analizarlas, ni para qué encomiar-
las? Rossini es un génio, y el génio no se analiza; se
acata y se venera.

FÉRIA DE SANTA GENOVEVA.

En los días del 3 al 11 de Enero se verifica anual-
mente en París una animadísima féria y romería,
con motivo de ser la novena de Santa Genoveva.
Nuestro grabado representa esta féria, y la portada
de la magnífica iglesia, que es uno de los monumen-
tos más antiguos y de más precedentes históricos
que encierra la capital de Francia.

EL PRÍNCIPE NAPOLEON.

El príncipe cuyo retrato damos hoy, es primo del
emperador Napoleon III, y uno de los personajes que
más influyen actualmente en la marcha de la polí-
tica francesa. Representa las ideas avanzadas en sen-
tido liberal. Casado con la princesa Clotilde de Sa-
boya, él ha sido uno de los que más han contribuido
al apoyo que, para llevar á cabo la unidad de Italia,
ha encontrado Víctor Manuel en el gobierno del em-
perador de los franceses.

UN PAISAJE.

Hé aquí una copia del precioso cuadro de Jeanron,
titulado modestamente un paisaje. La composicion
no puede ser más sencilla; pero hay en el lienzo una
verdad de líneas y de colorido, que encantan y ad-
miran. Jeanron es uno de los más notables paisajis-
tas de Francia, como ya puede verse por la muestra
que damos hoy de sus apreciables trabajos.

Editor responsable, D. Agustín Llop.

MADRID: 1868.

Establec. tipogr. de Los Sucesos, á c. de R. Berenguillo,
Torres, 4 duplicado.



Un paisaje de Jeauron.